

Alejandro López Canorea

UCRANIA
EL CAMINO HACIA LA GUERRA

Descifrando la guerra

Índice

<i>Mapas</i>	9
<i>Introducción</i>	13
1. ¿Quién es el heredero de la Rus de Kiev?	17
2. La libertad no puede ser detenida	22
3. Maidán. ¿Revolución, golpe o intervención?	27
4. El final de Ucrania tal y como la conocíamos	36
5. Los Acuerdos de Minsk	53
6. Política en la Ucrania post-Maidán	60
7. Los locos años noventa en Rusia	72
8. Rusia o el auge de una vieja potencia	81
9. Despliegue militar previo a la tempestad	94
10. Seguridad sin garantías	106
11. El porqué del reconocimiento tardío del Donbás	126
12. Putin. Un discurso para la historia	137
13. Desmontando la operación militar	148
14. Ucrania vendida	170
15. La soledad de la Rusia paria	181

16. El momento geopolítico. ¿Hacia una nueva Guerra Fría?	201
17. Ucrania a futuro	208
<i>Bibliografía</i>	215

Introducción

El destino de este continente, Europa, está lejos de ser fácil. Es muy sencillo dar cuenta de todas las guerras y escaramuzas que ha sufrido. Y cada siglo trae consigo nuevas pruebas, nuevos retos y nuevas guerras al suelo de este continente. Varias veces se han hecho intentos para detener esta cadena de trágicos acontecimientos, pero ahora nuestros esfuerzos pueden y deben dar sus frutos. Han pasado casi diez años y, por primera vez en la historia, los pueblos de Europa están unidos por valores democráticos comunes. Todos nosotros.

BORÍS YELTSIN, presidente de la Federación Rusa, en la Cumbre OTAN-Rusia de París, 27 de mayo de 1997.

A sí se pronunciaba el líder ruso, Borís Yeltsin, en un momento clave de la historia europea. Moscú llamaba a las puertas de Occidente y sus valores comunes con la firma del Acta Fundacional sobre Relaciones Mutuas, Cooperación y Seguridad entre Rusia y la OTAN. La caída del bloque socialista desplegaba todo un mundo de posibilidades para el liberal internacionalismo. Junto a ello se abría una estrecha ventana de valores comunes, que fue desaprovechada, para construir un orden de seguridad europeo que no trajera de vuelta fantasmas oscuros del pasado. ¿Por qué Rusia no fue integrada en el orden liberal occidental? ¿A qué ha conducido la política de seguridad de la OTAN desde entonces? ¿Había límites para la expansión de Estados Unidos hacia los escombros que dejó la Guerra Fría? ¿Es Ucrania el último actor desestabilizado que Rusia ya no podía permitirse perder en favor de Occidente o solo el primer paso en la reconstrucción de algo mayor? ¿Cómo se ha llegado,

en el siglo XXI, a una nueva guerra en Europa? ¿Se pudo haber evitado la guerra de Ucrania?

Esta obra pretende dar todas las perspectivas en torno a estas preguntas para que los lectores construyan sus propias interpretaciones sobre la competición de grandes potencias, aparentemente silenciada para el público occidental durante las décadas de momento unipolar, pero siempre presente en la medida de las capacidades de cada actor. El epicentro del tumulto que la motiva es, en este caso, una Ucrania entre multitud de factores culturales, históricos, políticos, diplomáticos, económicos, demográficos, geoestratégicos o militares. Pero la guerra de Ucrania va mucho más allá de Ucrania. Desde la relación nacional entre los pueblos eslavos hasta la intensa actividad diplomática y militar que precedió al precipicio en el que cayeron las décadas de unipolaridad. Para entender el conflicto hace falta ir bastante más atrás de 2022 e incluso 2021. Hasta la guerra del Donbás, la revuelta del Maidán, la conformación de una Ucrania independiente con distintas identidades nacionales o la consolidación de un Estado ucraniano fuera del enfoque nacional.

¿Se encuentra el mundo ante una nueva Guerra Fría? ¿Cómo se configura un mundo multipolar? ¿Qué papeles pueden cumplir la Ucrania moderna, la Ucrania post-Maidán y la Ucrania de la posguerra ruso-ucraniana? ¿Por qué es tan importante el conflicto político para entender el estallido de una guerra en Europa? Nada se entrega a la casualidad. En esta obra todo tiene explicaciones y recorrido. Como caracteriza a *Descifrando la guerra*, la forma de entender el mundo se desentraña mediante el seguimiento profundo pero accesible y la atención a todos los puntos de vista, los contextos y los análisis que observan la realidad sin imponer cómo deben ser las cosas. Todo lo que necesitas saber sobre Rusia, Occidente y, por supuesto,

Ucrania, para tratar de entender qué se ha puesto en juego y por qué no se solucionó cuando se pudo. La guerra convencional no es, ni de lejos, una excepción en el siglo XXI. Pero la Guerra Fría tampoco.

¿QUIÉN ES EL HEREDERO DE LA RUS DE KIEV?

Para entender la construcción nacional de muchos estados es necesario repasar la historia de sus pueblos, a menudo empleada por las élites para canalizar emociones en torno a una u otra identidad que justifique posiciones políticas. En el caso de los pueblos ruso y ucraniano, el punto de debate nacional parte de un origen común en torno a una entidad: la Rus de Kiev.

Los debates sobre el origen común de Rusia y Ucrania han sido una fuente constante de controversias entre los círculos intelectuales y políticos de ambos estados. Las llamadas tesis normandistas afirman que la fundación de este primer Estado tiene su origen en poblaciones vikingas escandinavas, frente a las antinormandistas que, a grandes rasgos, defienden que el origen de la Rus de Kiev es eslavo. Este debate constituye una buena muestra de las divisiones existentes a la hora de interpretar la fundación de Rusia y Ucrania. Es innegable que los dos países comparten una vinculación histórica y un punto de referencia primigenio que es la monarquía feudal fundada en el siglo IX: la Rus de Kiev. La conformación de este proto-Estado no está exenta de discusiones entre los propios historiadores ya que la

fuentes históricas más antiguas, la *Crónica de Néstor*, no existe hoy en día.

Según los restos arqueológicos, el territorio que actualmente se divide entre Rusia, Ucrania y Bielorrusia estaba habitado por una serie de tribus eslavas: eslovenos, polianos, drevlianos, dregoviches, viatices, severianos y radimiches, así como pueblos que provenían de las estepas. En el siglo IX comienzan a desarrollarse numerosas metrópolis, siendo las ciudades más importantes Nóvgorod, Pereyáslav, Chernígov, Smolensk, Palotsk, Vladímir y Kiev. A estas sociedades urbanas se unirían los varegos, un pueblo proveniente de Escandinavia que habría penetrado en el territorio que abarcarían la Rusia y Ucrania modernas. Según la *Crónica de Néstor*, tras varias disputas entre eslavos y varegos, finalmente las tribus eslavas le habrían pedido a los varegos —vinculados con la identidad vikinga o normanda— que se hiciesen cargo del gobierno de estos territorios debido a la imposibilidad de los habitantes de establecer un poder estable. En aquel momento llegaron un grupo de varegos, proveniente de Escandinavia, encabezado por Rúrik, que aceptó la misión de gobernar aquellas tierras y se convirtió en el fundador de la dinastía que gobernó la Rus de Kiev y los diversos principados surgidos hasta la llegada de los Romanov.

En torno al año 882 Oleg, el hijo de Rúrik, reemplazó el gobierno conjunto instaurando la dinastía Rúrikovich y constituyendo así el primer proyecto de unión de los diferentes principados. Los príncipes de Kiev delegaron la regencia de las ciudades más importantes —Pereyáslav, Palotsk o Vladímir— en los miembros de su familia, quedando Kiev y Nóvgorod bajo su autoridad. Las diversas disputas entre los líderes de la dinastía ruríkida comenzaron a perfilar la división en el territorio y con ello los principados de Vladímir-Súzdal, Nóvgorod o Smolensk tomaron protagonismo frente a Kiev. Asimismo, los principados

de Galitzia y Volinia, situados en el oeste de la futura Ucrania, comenzaron a forjar relaciones con sus vecinos más cercanos, como Polonia o Lituania, y acabarían cayendo bajo su poder e influencia.

La invasión de los mongoles en el año 1237 fue otro punto clave que sentenció el destino de la Rus de Kiev. La monarquía medieval prácticamente desapareció y, tras la batalla de Kulikovo (1380), en la que los eslavos vencieron a la Horda de Oro, se concretó el inicio del fin de la dominación de los mongoles y supuso que Moscú y Nóvgorod se constituyesen como importantes poderes que serían clave para la delineación de la identidad de Rusia. Mientras, los territorios de la parte oeste del primer Estado de los eslavos pasarían a estar influenciados por los poderes que emanaban de Polonia y Lituania. Los avatares históricos y las diferentes guerras que se desarrollaron en el área que posteriormente ocuparía el Estado de Ucrania provocaron que estuviese bajo la influencia de poderes distintos: Mancomunidad Polaco-Lituana, Imperio Austrohúngaro o Imperio Ruso. Los acontecimientos históricos han sido interpretados por la incipiente *intelligentsia* ucraniana del siglo XIX para intentar establecer unos precedentes que configuren la identidad de la nación ucraniana separada de Rusia.

Si se parte de la premisa de que «la nación es una realidad social que existe científicamente solo en la medida en que sus integrantes están convencidos de su existencia», hay otros acontecimientos que marcaron la historia de estos territorios que serán empleados por unos y otros para sostener sus ideas sobre la identidad conjunta de Rusia y Ucrania o la diferencia entre ambos. Los cosacos son una parte fundamental de la identidad ucraniana. Aunque los orígenes de esta comunidad tampoco están del todo claros. Tras la rebelión de los cosacos de Zaporíyia, capitaneada por el *hetman* (líder) Bogdan Jmelnitsky contra el

poder y la dominación de la Mancomunidad Polaco-Lituana, se declara la creación del Hetmanato. Jmelnitsky, en guerra contra la Mancomunidad, busca apoyo en el zar Alejo I de Rusia. Ambos llegan a un acuerdo en Pereyáslav. La interpretación del Tratado de Pereyáslav —firmado en 1654—, fue para los historiadores ucranianos una mera alianza militar, mientras otras corrientes señalan que esta cooperación traía implícito un juramento de lealtad al poder de Moscú.

Cuando los bolcheviques triunfaban con su revolución y la guerra civil rusa comenzaba a dar sus primeros coletazos, se proclamaría la República Independiente de Ucrania en 1917. Las aspiraciones territoriales de sus dirigentes, tal y como se dispuso en la Conferencia de Paz de París de 1918, abarcaban áreas más amplias que el futuro Estado ucraniano. Las luchas internas provocaron un golpe de Estado de Pavló Skoropadski y la creación del II Hetmanato. Finalmente se establecerá la República Socialista Soviética de Ucrania con los límites territoriales que se mantendrían hasta 2013. Debido a la posición geográfica de Ucrania podrían concretarse varias distinciones territoriales: la parte occidental bajo dominio de los Habsburgo en el siglo XIX; Bucovina y la zona subcarpática vinculadas a la tradición rumana, otomana y húngara; o la Ucrania central y su pertenencia a la Mancomunidad Polaco-Lituana. El sur, poblado por campesinos rusos, y el este del país y su importante tradición minera hicieron que se convirtiese en destino de muchos trabajadores rusos. Durante la Unión Soviética, la RSS de Ucrania fue de las repúblicas más sobresalientes. Varios líderes de la URSS tenían origen ucraniano —como Leonid Brézhnev— y ocuparon importantes puestos en el Estado y el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS).

Con la llegada de los bolcheviques tuvo lugar un intento de alfabetización de todos los territorios. Cada república inte-

grante de la URSS tenía un estatus oficial y, en el caso de Ucrania, una lengua, que hasta el siglo XIX no estaba muy desarrollada, pero que entonces comenzó a enseñarse. La idea de los bolcheviques, en un primer momento, fue enfatizar que las naciones eslavas tenían una relación de hermandad y se ponían de manifiesto sus distintas realidades. Los diferentes liderazgos del PCUS no siguieron esta línea de forma tan explícita y el idioma ruso terminó siendo el prioritario.

LA LIBERTAD NO PUEDE SER DETENIDA

«**L**a libertad no puede ser detenida» fue una de las consignas que durante aquel mes de noviembre de 2004 resonaban en la Plaza de la Independencia de Kiev (Майдан Незалежності en ucraniano). Las protestas contra lo que se consideró un fraude electoral —por parte de las organizaciones como la OSCE y otros actores internacionales e internos— desembocaron en la mayor movilización social de Ucrania desde su independencia de la URSS. La Revolución Naranja supuso un hito en la política ucraniana del momento, y para muchos ciudadanos significaba el comienzo de una nueva etapa para el joven país. Pero esta efervescencia inicial se fue apagando con el paso del tiempo. Los protagonistas de esta contienda política, Víktor Yúshchenko y Víktor Yanukóvich, habían ostentado el cargo de primer ministro con el mismo presidente, Leonid Kuchma. Sus destinos políticos se mantuvieron unidos incluso tras la revolución que consiguió arrebatarse la presidencia a Yanukóvich.

La inestabilidad que experimentó Ucrania en 2004 tiene rasgos comunes con otros países del espacio postsoviético. Las denominadas «revoluciones de colores» se desarrollaron a través

de grandes movilizaciones contra gobiernos acusados de autoritarismo que habrían cometido fraude electoral. La oposición ucraniana se inspiró en procesos políticos similares a los que consiguieron derrocar a Eduard Shevardnadze en Georgia (Revolución de las Rosas, 2003) y Slobodan Milošević en Serbia (2000). La similitud entre estos movimientos no es casual debido a una serie de rasgos comunes que compartían algunos estados: regímenes híbridos que no habían completado las transiciones hacia la democracia liberal, división territorial vinculada a la identidad y susceptibilidad a la influencia de actores externos.

La conformación del Estado ucraniano y su identidad nacional es una cuestión compleja que fue usada por las élites políticas y económicas, los denominados oligarcas, en sus luchas internas. El gobierno semi-autoritario de Leonid Kuchma ya había sido contestado por parte de la sociedad civil y la oposición con importantes movilizaciones, incapaces en aquel momento de forzar su salida del poder. Sin embargo, el camino hacia la Revolución Naranja y la victoria de Víktor Yúshchenko comenzó precisamente en ese periodo. El 28 de noviembre del 2000 estalló un escándalo mayúsculo en Ucrania: el «Kuchmagate» o Escándalo del Casete. El líder del Partido Socialista de Ucrania (SPU por sus siglas en ucraniano), Oleksandr Moroz, mostró al público una grabación en la que Kuchma pedía al ministro de Interior, Yuri Kravchenko, que «tratara» con el periodista del popular medio opositor *Ukrayinska Pravda*, Georgiy Gongadze. El periodista había desaparecido en septiembre y encontraron su cuerpo decapitado el 5 de noviembre. Tras la publicación de esta grabación se produjo una protesta. El lema principal era «Ucrania sin Kuchma», pero solo una parte de los partidos opositores se movilizaron y mostraron su apoyo a los manifestantes: Yulia Tymoshenko y el SPU. Yúshchenko era el primer ministro y se posicionó a favor de Kuchma llegando a

calificar a los manifestantes como «fascistas». Pocos meses después, en abril de 2001, fue destituido de su cargo. Ese mismo año funda la organización «Nuestra Ucrania», con el fin de crear un bloque común de partidos nacional-demócratas y liberales contra Kuchma. La tensión siguió en aumento tras las elecciones parlamentarias de 2002. El partido de Yúshchenko consiguió ser la primera fuerza de la Rada, pero la oposición, todavía desunida, obtuvo buenos resultados. Sin embargo, gracias a la influencia de Víktor Yanukóvich, finalmente se articula una mayoría favorable a Kuchma.

La sociedad ucraniana había mostrado su malestar ante la situación del país, pero no estaba del todo vinculada a la actividad política. Esta actitud iría cambiando en los dos años siguientes. Precisamente durante el segundo aniversario de la muerte del periodista Georgiy Gongadze tendría lugar otra gran protesta y los manifestantes demandaban elecciones presidenciales anticipadas. En 2004 se celebraron los comicios presidenciales. Víktor Yúshchenko, popular en el país, consiguió unir a la oposición y se presentó con unos postulados pro-occidentales, mientras el bloque oficialista eligió a Víktor Yanukóvich, que tenía el respaldo de Moscú. Yanukóvich, líder del Partido de las Regiones, era oriundo de Donetsk, siendo el Donbás una de las zonas más pobladas del país, y muchos oligarcas locales apoyaron a este candidato ante el temor de la pérdida de privilegios si Yúshchenko tomaba el poder. Pero el candidato oficialista no gozaba de la popularidad de su adversario por sus relaciones con el oligarca Rinat Ajmétov, su mal dominio del ucraniano y sus antecedentes penales. A esto se unía el cambio de actitud de una parte de la sociedad ucraniana, reflejado en varias encuestas de la época, dispuesta a movilizarse si se cometía fraude electoral.

La primera vuelta electoral se celebró el 31 de octubre de 2004 y Yúshchenko consiguió un 39,87% frente a Víktor Yanukó-

vich, que alcanzó el 39,32%. Era una ventaja mínima, pero los seguidores de Yúshchenko consideraron que la victoria final de su candidato sería posible en la segunda ronda. La espontaneidad no fue una de las características de la Revolución Naranja. Tanto la oposición como el gobierno de Kuchma ya habían dado muestras de estar preparándose para una posible revuelta. Por un lado, Yulia Timoshenko advirtió de que organizaría y lideraría «actos de desobediencia civil» en caso de fraude electoral, mientras desde el Ministerio del Interior y los Servicios Secretos (SBU) emitieron comunicados en los que afirmaban tener «evidencias que indican que las fuerzas políticas de la oposición están preparando actualmente diversos y peligrosos actos destinados a desestabilizar el país». Tres días antes de que los ucranianos votasen, Yúshchenko pidió a sus seguidores que salieran a las calles en caso de fraude electoral y, al día siguiente, su formación presentó varias solicitudes para realizar protestas a partir del día 21 de noviembre. Finalmente, Yanukóvich obtendría la victoria, pero las irregularidades comenzaron a hacerse públicas y muchos de los seguidores de Yúshchenko salieron a la calle. El despliegue de carpas y demás infraestructura para posibilitar que los manifestantes pudieran mantenerse en la plaza central de Kiev a pesar de las bajas temperaturas sería decisivo para que el movimiento tuviera continuidad. El color naranja se convirtió en el principal indicativo de los partidarios del cambio de régimen. «Oriente y Occidente juntos» era otro de los lemas que los manifestantes coreaban, aunque la participación en las protestas fue más seguida por ciudadanos procedentes del centro y el oeste del país, con mayor porcentaje de gente que hablaba en ucraniano. Por otro lado, los habitantes del este de Ucrania consideraron que la Revolución Naranja era un golpe de Estado.

La presión en las calles, unida al apoyo internacional y el soporte mediático hacia los manifestantes, provocó que el Tri-

bunal Supremo convocase una repetición de las elecciones en la que Yúshchenko terminaría ganando. Sin embargo, días antes, el presidente ruso, Vladímir Putin, se mostró convencido de que no se llevaría a cabo dicha repetición. Los manifestantes de la Revolución Naranja fueron financiados por pequeñas y medianas empresas de Ucrania, pero también recibieron financiación internacional. Estados Unidos, en virtud de la Ley de Apoyo a la Libertad de 1992 —diseñada para la financiación de la promoción de la democracia en el espacio postsoviético—, proporcionó a Ucrania 34,11 millones de dólares en 2004. No obstante los miembros de la organización juvenil Pora (Es hora) cooperaron con diversas ONG occidentales y recibieron capacitación de los líderes de las protestas en Serbia.

No podemos aceptar este resultado como legítimo, porque no cumple con los estándares internacionales y porque no ha habido una investigación de los numerosos y creíbles informes de fraude y abuso. (Colin Powell, secretario de Estado de Estados Unidos [2001-2005], sobre la victoria de Víktor Yanukóvich).

Aunque Yanukóvich no consiguió la presidencia, llegaría a ser el primer ministro del presidente Yúshchenko tras las elecciones parlamentarias de 2006. El Partido de las Regiones consiguió un amplio apoyo, quedando el partido de Yúshchenko como tercera fuerza. La reforma de la Constitución auspiciada por Kuchma y el propio Yanukóvich en 2004 establecía un menor poder para el presidente y fue finalmente adoptada por su oponente político. Yanukóvich alcanzaría la presidencia de Ucrania en 2010 frente a Yulia Timoshenko e iniciaría el proceso para adoptar la Constitución de 1996, mediante la que Ucrania volvía a ser una república presidencial parlamentaria, causando de nuevo un profundo malestar en la sociedad.